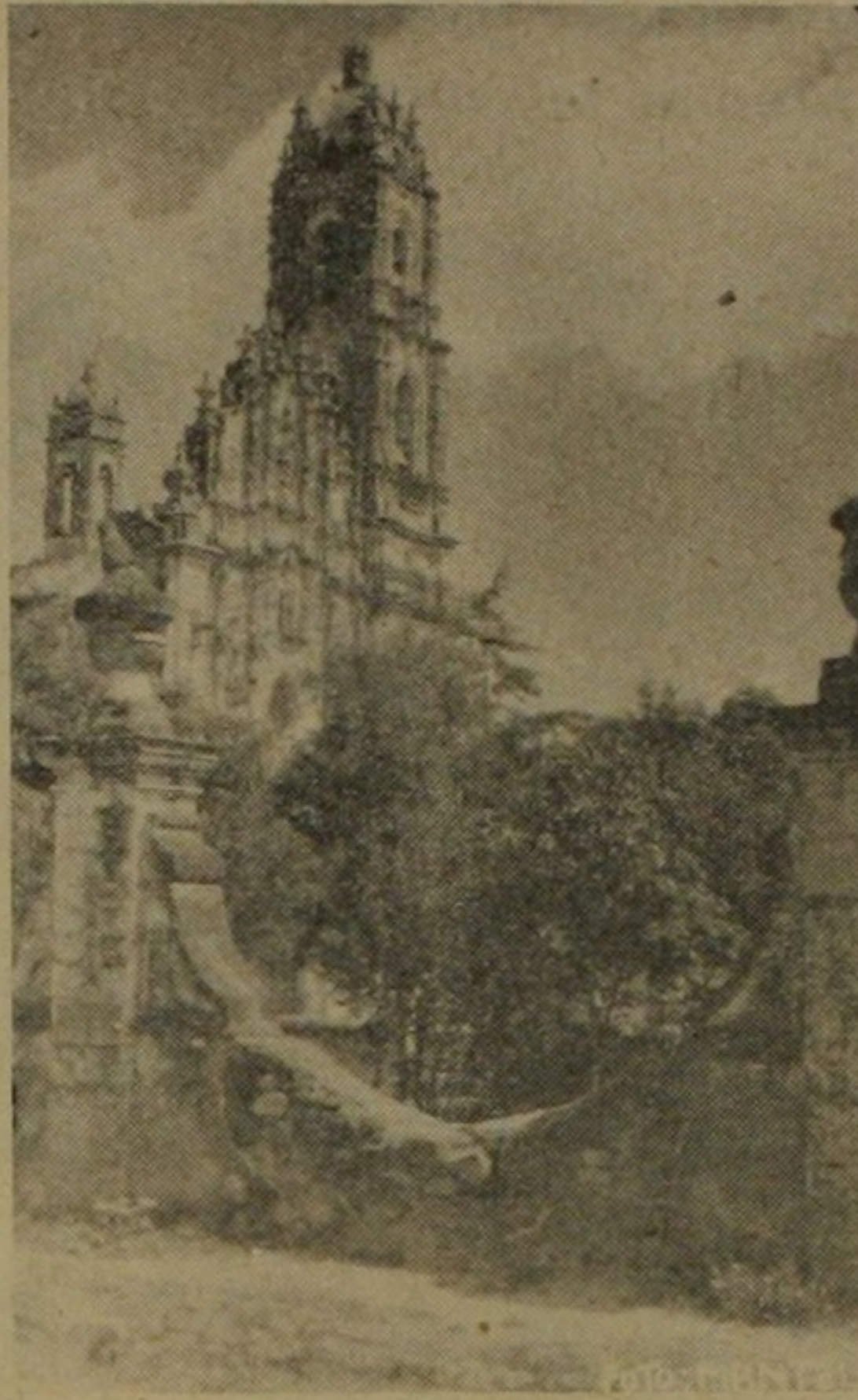


y demás investigadores ilustres. No podía ser de otra suerte en el país que tiene a su haber en lo antiguo tanto historiador, tanto cronista, tanto sabio notable y tanto prelado insigne; el país de que escribió el franciscano Sahagún y el jesuita Clavijero tanta noticia curiosa, y Cervantes de Salazar sus Diálogos, y el imaginativo Gómara su Historia legendaria, y el verídico Bernal la verdadera; la tierra cristianizada por los doce primeros padres franciscanos y gobernada luego en lo espiritual por esos grandes pastores que se llaman don Juan de Zumárraga, el gran don Vasco de Quiroga, y el no menos grande don Alonso de la Vera Cruz, fundador del Colegio de San Pablo, donde organizó la primera biblioteca que hubo en el Continente. Qué vasta tradición de cultura ésta, y cómo es posible que sigamos desestimándola de pura pereza, y soportando que los extranjeros nos la den a conocer, o lo que es peor, nos la calumnien, como ha hecho últimamente Stuart Chase en su libro *México, A Study of Two Americas*, donde cuantas veces nombra a Zumárraga es para restregarle la destrucción de las antigüedades mexicanas, nunca para decir que fue él quien introdujo la imprenta en América, ni para hablar de sus otros insignes servicios a la civilización, y donde no falta, naturalmente, ninguna de las tonterías que se han dicho en mal de la iglesia y del régimen español. Sirva ésta de muestra: "Hacienda, mine and Church drained México off her wealth and gave little in the way of tangible service in return".

Pase lo primero, aunque claro es que sería mejor que Stuart Chase se viese la viga del latifundismo yankee en el ojo (digamos en Cuba, para ser más precisos) antes de ver la paja de la Hacienda Colonial en el de España, que al menos tenía más razones para justificarse; y pase también lo de la minería, aunque, aún reconociendo que, como todas las industrias del mundo, no se practicaba entonces, ni ahora se practica que yo sepa, con propósitos altruísticos, cualquiera que se haya dado cuenta de la existencia de instituciones como el Monte Pío, fundado gracias a la munificencia de un minero, el Conde de Regla, o de la Escuela de Minería, creada también con dinero de minas e ilustrada por sabios del calibre de Elhuyar y de don Andrés del Río, qué digo, cualquiera que se haya dado la vuelta por esta ciudad y visto las hermosas residencias de los mineros de antaño que la embellecen, tendrá derecho a preguntar a Mr Chase, qué cosa han dado a México, a guisa de servicio tangible, los magnates petroleros de ahora en cambio de sus ganancias. Pero lo de negar la influencia civilizadora de la iglesia en estas tierras, sólo a un protestante fanático de Nueva Inglaterra se le puede ocurrir.

Sin embargo, ¿a qué culpar el extraño porque desestime la obra de España, si entre nosotros mismos surgen voces para



Templo de Topozotlán, cerca de la ciudad de México.

corear esas y otras calumnias? Allí está Blanco Fombona, autor de un libro *El Conquistador español del Siglo XVI*, cuya traducción al inglés me dijo Isaac Goldberg, antes de venirme de Boston, que estaba haciendo. Pues bien, ese libro no le va en zaga al de Stuart Chase a calumnioso, superficial y apasionado. Léase si no lo que dice sobre los primeros españoles que vinieron a América.

“Los españoles presencian los primeros las maravillas del Nuevo Mundo, sin atribuirles importancia: ellos son superiores a todas las maravillas. Se comprende tal actitud: a quienes espera Dios con los brazos abiertos; a quienes la gloria y sus encantos van a servir de eterno regocijo, ¿qué podrían interesar razas, civilizaciones, climas, faunas distintas de las ya conocidas, cualesquiera pequeñeces de nuestro pobre planeta? Sin embargo, les interesó el oro. Por lo demás, en vez de observar las nuevas tierras, las nuevas razas; las nuevas civilizaciones que en México, Perú y Nueva Granada tenían ante los ojos, crearon leyendas. La curiosidad científica no es española. España descubrió el Nuevo Mundo y fue, entre los pueblos de Europa, uno de los que menos se conmovió con el descubrimiento. A ella le bastaba con haber cumplido, sin darle mayor importancia, la sólita empresa. Los europeos de entonces querían conocer las cosas de los indios, informarse del Nuevo Mundo, recién abierto a la inquisitiva mirada de Europa. En vano encargaban libros a España: no los había. Micer Andrés Navajero, el embajador de Venecia, escribe desde Toledo, el 12 de septiembre de 1525, al gentilhomme veneciano Juan Bautista Ramusio y le dice:

“Aquí no se encuentra impreso nada sobre las cosas de las Indias; pero con el

tiempo os enviaré tanto que os harte, pues tengo medio de enterarme de todo, así por Micer Pedro Mártir, que es mi gran amigo, como por el presidente del consejo de las Indias y por otros consejos. He visto en poder del presidente un pájaro, la cosa más bella del mundo, venido de aquellas tierras, ya muerto, pero maravilloso de ver... Todos los días se ven objetos nuevos. Asimismo os escribiré acerca de lo que me preguntáis de Panamá; pero ahora no lo hago, aunque no dejaré de escribir diariamente sobre esta materia lo que se va ya entendiendo.”

Veamos qué hay de verdad en esta inculpación de Blanco Fombona. Lo primero: veamos cuáles son esas cosas que Micer Andrés Navajero prometía mandar a Juan Bautista Ramusio para hartarle la curiosidad a este gentilhomme veneciano de las cosas de América. Ramusio mismo se cuidó de coleccionarlas en su famosa Colección de tres volúmenes en folio impresa en Venecia. La colección es rarísima, pero persona que la ha visto la describe así: “El primer tomo se publicó por primera vez en 1850. Comprende relaciones de viajes antiguos, y de otros recientes a las Indias Orientales; con más, dos relaciones de Américo Vespucio, y otras dos del viaje de Magallanes. El segundo tomo no salió a la luz hasta 1559 muerto ya Ramusio, y después de publicado el tomo tercero. La causa del retardo fue, como explica el impresor Tomás de Giunta, el haberse acopiado antes los materiales para el tomo tercero, cuya publicación no quiso detener. Y aún quedó al fin sin concluir el segundo, pues para darle igual grueso que a los otros, fue preciso que el impresor añadiese algunos viajes. Todos los de este tomo se refieren al Oriente y Norte, y entre ellos están los de Marco Polo. Hay reimpressiones de 1574, 1583 y 1606. El tomo tercero está exclusivamente destinado a la América. La primera edición es de 1556 y se volvió a imprimir en 1565 y 1606. He aquí la lista de las piezas que contiene la edición de 1556:

Discurso (de Ramusio) sobre el tercer tomo.

Sumario de la historia de las Indias Occidentales, sacado de las obras de Pedro Mártir de Anglería.

Sumario de la Natural y General Historia de las Indias, compuesto por Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés.

La General y Natural Historia de las Indias, por el mismo; en 20 libros. Hernando Cortés. Segunda, Tercera, y Cuarta Relación de la Nueva España.

Pedro de Alvarado. Dos Cartas a Hernando Cortés.

Diego de Godoy; carta a Hernando Cortés.

Relación de un gentilhuomo de Cortés. (El Conquistador Anónimo).